



Luis Coloma

Historia de un cuento

A un crítico de diez años que encuentra mis cuentos «my vomitos»

- I -

Sembrad en los niños la idea,
aunque no la entiendan: los años
se encargarán de descifrarla en
su entendimiento y hacerla florecer
en su corazón.

Había en casa de mis padres un bonito jardín, que separaba la cuadra y cochera del resto del edificio. Levantábase en el centro una glorieta circular, y salían de ella varias callecitas sombreadas por parras y rosales, que iban a terminar en preciosos arriates, caprichosamente cerrados con verjas. En uno de éstos, en que no habían sembrado planta ninguna, guardaba yo dos cabritas, regalo de mi abuela, de quien siempre fui el nieto predilecto.

Estos inofensivos animalitos tenían un enemigo [8] encarnizado en la persona de D.^a Mariquita, anciana ama de llaves, que desempeñaba este cargo en mi casa hacía veintidós años. Según ella, nada bueno podía

esperarse de unos animalitos, que tenían con el diablo el peligroso punto de contacto de poseer como él cuernos y rabo.

Mis relaciones con D.^a Mariquita no eran muy cordiales: la disciplina doméstica, quebrantada a veces por mis cabras, y sobre todo, un individuo de la raza felina, un gato pardo, llamado Pilitón, en quien tenía ella puestos sus cinco sentidos, eran entre nosotros la manzana de la discordia. Solía yo cogerle por una pata sin el menor miramiento, y haciéndole sentar sobre sus cuartos traseros, le preguntaba muy serio:

-Pilitón... ¿quieres ir a la escuela?

Pisábale entonces el rabo con disimulo, y Pilitón mayaba furiosamente.

-¿Lo ves? -gritaba yo a D.^a Mariquita- ¿lo ves como Pilitón es un flojo que no quiere estudiar?...

Doña Mariquita corría detrás de mí, llamándome Nerón, y yo me refugiaba en cualquier asilo, mientras el señor Pilitón se atusaba los bigotes, erizados de cólera [9] por mi falta de respeto a las conveniencias sociales.

Un día vino a verme mi amigo Juan Manuel, y entre los dos cometimos una iniquidad horrible, que tuvo a poco providencial castigo: atamos al rabo de don Pilitón un triquitraque de a dos cuartos, y le prendimos fuego. El pobre animal huyó desatentado a refugiarse entre las enaguas de su dueña, que a poco más se inflaman, como se inflamó su cólera al ver chamuscado el rabo de su gato.

Presentose a mi madre pidiendo justicia, y en un enérgico discurso probó hasta la evidencia mi complicidad en el atentado; y extendiéndose luego sobre el influjo de las malas compañías, vaticinó mi pronta e inevitable muerte en lo alto de un patíbulo, si continuaba siendo el Orestes de aquel maléfico Pilades, tan aficionado a la pirotecnia.

Asustó a mi madre la profecía, y me sentenció a tres días de encierro, en un cuarto que llamaban la alcoba oscura. Durante mi cautiverio ocuparon varias ideas mi mente: pensé primero hacer una cuelga general de amas de llaves, pendientes todas de rabos de gatos: proyecté después escribir un libro como Silvio Pellico, que llevase por título [10] Mis prisiones; y decidí, por último, dedicarme a la cetrería, cazando moscas, que con un papelito puesto por cola, hacía volar por el cuarto.

Esta aventura me hizo variar mis relaciones diplomáticas con el señor Pilitón: dejé la franca política de los beduinos del Sahara, y sin haber leído a Maquiavelo, adopté la astuta y tortuosa política florentina. Hacíale mil caricias y fiestas delante de su dueña, y me las pagaba todas juntas cuando lo cogía a solas. Doña Mariquita era poco filóloga: por eso las quejas de don Pilitón eran oídas, mas no entendidas.

Un día (día aciago por cierto), cosía doña Mariquita, sentada junto a una ventana que daba al jardín: Pilitón reposaba tranquilamente a su lado, y colocada entre ambos había una cestita de mimbres, en que se hallaban las llaves del comedor, la calceta de D.^a Mariquita, y... unos cuantos cigarrillos de papel. Porque, fuerza es confesarlo: doña Mariquita tenía la debilidad, extraña en su sexo, de fumar como un coracero.

Yo me acerqué a don Pilitón, para hacerle mis acatamientos, y conquistarme así la benevolencia de su dueña, que tenía en depósito [11] una bandeja de riquísimos piñonates, regalo de unas monjas que socorría mi

madre. No sé lo que por mí pasó entonces; pero sin duda debió de ser tentación del enemigo. Es lo cierto, que, sin saber cómo, se introdujo mi mano en la cestita, y se apoderó de uno de aquellos cigarrillos, sin que don Pilitón ni su dueña cayesen en la cuenta.

Corrí entonces al jardín, a esconderme en el cercado de mis cabras, para fumar, sin testigos, el cigarrillo de D.^a Mariquita, primero que se posaba en mis labios. ¡Pero cuál no sería mi sorpresa, cuál no sería mi terror, cuando al aplicarle un fósforo, que de paso cogí en la cocina, vi salir una atroz llamarada, que me chamuscó las narices!... Caí sentado del susto, y creí por un momento que el Vesubio vomitaba sus llamas y su lava por la punta del cigarro.

Acudió a mis gritos Tomás el cochero, y la misma D.^a Mariquita llegó presurosa, preguntando qué me sucedía. Mi horror natural a la mentira me hizo confesar mi culpa, al mismo tiempo que mi desgracia. Asombrada D.^a Mariquita, abrió uno a uno sus cigarros, y encontró en dos de ellos una poquita de pólvora, hábilmente colocada en la cabecilla. [12]

Hiciéronse pesquisas para averiguar quién era el bárbaro nihilista que, apuntando a las narices de D.^a Mariquita, había chamuscado las mías, y resultó al fin culpable mi amigo Juan Manuel, que, huésped el día antes en mi casa, había aplicado sus conocimientos pirotécnicos a los cigarros de la pacífica vieja.

Doña Mariquita, que tenía la cara más fea que he visto, y el alma más hermosa que he conocido, perdonó generosamente al culpable: me puso un pañito de árnica en la quemadura, y aquella noche, después de rezar conmigo esas mismas oraciones que tantas veces he rezado yo contigo, me contó el siguiente cuento, mientras el sueño no acudía a mis ojos, espantado por el gran escozor que mortificaba mis narices. [13]

- II -

(2)

Pues señor, que era vez y vez, y el bien que viniere para mí se quede, y el mal para quien lo fuere a buscar, de dos compadres, uno rico y otro pobre. El rico se llamaba D. Juan, y el pobre, Juanete a secas.

El rico tenía más pellas que un cebón, por lo que la gente del barrio le llamaba D. Juan Botija: hablaba recio, como la campana gorda [14] de la iglesia; pisaba fuerte, como el que pisa en lo suyo; rara vez se descubría, y, sin embargo, todos los sombreros se inclinaban a su paso; fumaba puros, y vivía en una casa propia, con cancela y fuente en el patio.

El pobre parecía que las curianas lo chupaban de noche; hablaba quedito, como la esquila del campanario; su andar era de puntillas, como el que pisa en lo ajeno; siempre con el sombrero en la mano, y nadie se cuidaba de contestar a su saludo; fumaba colillas, y vivía en un sombrero que había hecho allá en las afueras del pueblo.

Don Juan Botija cantaba repantigado en una butaca, después de haber comido por un regimiento:

¡Fumar, comer,
beber,

que vengan rebujinas,
dejar que vaya el pobre
a dar contra una esquina!

Juanete cantaba, tomando a la puerta de su sombrero una ración del
sol, mientras se escarbaba los dientes con el rabo de la paleta:

El hombre

que nace pobre
con el frío es comparado;
todos le huyen el cuerpo
no les pegue un resfriado. [15]

Don Juan Botija tenía su mujer, y Juanete tenía la suya. La del rico era alta, seca, amarilla como una vela de sebo, de pocas palabras y menos caridad. La del pobre era chica, regordeta, vivaracha, capaz de contarle los pelos al diablo, y de jugarle una pasada al lucero del alba: se llamaba Catalina; pero le decían la Chata, porque tenía las narices en conversación con las cejas.

Pues vamos a que un día seña Catalina la Chata, que andaba, como quien dice, con el hambre a puñetazos, se tocó el pañolón y fue a pedirle por caridad a su compadre Juan Botija, que le diera a la mano para sembrar un cojumbralito. El seño Juan Botija, era un D. Alejandro en puño, a quien, si no se le daba en el codo no abría la mano, y por más que su comadre le gimió y le lloró, sólo pudo conseguir que le tirase a la cara dos cuartos, diciéndole:

Chata, barata,

narices de gata;
toma dos cuartos
para batata.

A la Chata, que tenía malas pulgas, le dio un brinco en el cuerpo la soberbia, y chilló más quemada que el taco de un mortero: [16]

-¡Oiga V., so deslenguado! se mete V. sus dos cuartos donde le quepan, y a mí no me viene poniendo motes... ¿Estamos?... ¡El diablo del hombre, que parece una sandía con patas!... ¡Bien podía V. quitarse el don Juan, que lo tiene jilvanao, y quedarse con el Botija solo!

Y la Chata, echando chiribitas por aquella boca, tomó dos dedos de luz y cuatro de traspón, y con el pañolón tirado atrás, y echándose fresco con el delantal, se volvió camino de su sombrero.

Juanete estaba sentado a la puerta, mirando a unos gorriones que un poco más allá jugaban al toro, picando una ruedecita de zanahoria que brillaba al sol. Conforme vio venir a su mujer tan sofocada, le dijo con sorna:

-¡Te lo dije; te lo dije, que sacarías lo que el negro del sermón: la cabeza caliente y los pies fríos!

-¿El qué me dijiste tú, Juan Lanas? -contestó Catalina, que traía ganas de pegarla con alguien.- ¿Qué me dijiste tú, que no sirves más que para ocupar una silla y desocupar un plato?

-Ni ocupo sillas ni desocupo platos, porque ni sillas ni platos

tengo. [17]

-¿Y quién tiene la culpa, grandísimo flojo; que, por no trabajar, ni te lames los labios cuando los tienes secos?

-Mira, que si tú tienes ganas de rabiarse, yo la tengo de morder; conque compra un cordel y ahórcate, y punto en boca.

-¡No me da la real gana; y a mí no me alzas tú el gallo!

-Lo que te voy a alzar van a ser las quijadas de una guantáa.

-¿Tú a mí, grandísimo pillo?

Y Catalina, ciega de coraje, le estampó a su marido en la cabeza un pucherete, que fue a caer sano y salvo en medio de los gorriones: éstos echaron a huir, gritando: «¡Ya se armó la gorda!» y Catalina fue a recoger su puchero.

-¡Ay, Juanete de mi alma; mira lo que me he encontrado! -gritó a su marido, enseñándole aquella ruedecita de zanahoria con que los gorriones jugaban, que era ni más ni menos que una monedilla de cinco duros.

En qué los gastaremos, en qué no los gastaremos; ya iban a agarrarse de nuevo marido y mujer, cuando Catalina se los guardó en la faltriquera diciendo:

-Déjame a mí, que con estos cinco duros [18] me he de traer para acá todas las talegas de ese condenado Juan Botija.

Y enseguida echa mano a un zagalejo de bayeta colorada, le saca un paño, y se pone a hacer con él un gorro para Juanete: así que estuvo listo, se lo pone a su marido en la cabeza, y le dio los cinco duros.

-Ahora mismo -le dijo- te vas al Capilé (3) de la calle de San Sebastián, y pagas una comida de lo mejor: luego te vas con tu gorro colorado a casa de tu compadre, y lo convidas a comer contigo...

En este momento pasaba por delante del sombrero un hortelano, que con su burrita cargada de hortalizas iba para el pueblo, y Catalina siguió hablando muy quedito. A Juanete debió de gustarle lo que su mujer le dijo, porque los ojillos se le encandilaron, se encasquetó su gorro colorado, con el que, tan seco y amarillo como era, parecía un fósforo de cabecilla encarnada, y se vino para el pueblo a cumplir lo que su mujer le había mandado.

El señor Juan Botija, que a pesar de sus talegas era más ruin y avaricioso que un judío, [19] se dio con un canto en los pechos al ver que iba a sacar la tripa de mal año a costa de su compadre, y cogiendo su castora, se fue con Juanete caminito del Capilé. En la puerta de éste, y debajo de la pintura de un plato con un par de huevos fritos, y otro con una gallina asada con plumas y cresta, había este letrero:

Entrar, beber,

holgarse,
y al tiempo de pagar
no incomodarse. (4)

-¿Sabe V., compadre -dijo señor Juan Botija- que sería un gusto si el letrerillo éste fuese de verdad?

-Puede que para algunos lo sea -contestó Juanete con mucho misterio.

Aquello fue un festín de arroz y gallo muerto, y cuando ya señor Juan Botija tuvo que desabrocharse el chaleco, y Juanete que aflojarse la faja, se levantaron, y sin decir oste ni moste, tomaron el camino de la puerta.

-Compadre, ¿no paga V.? -dijo señor Juan Botija, con tanta boca abierta, al ver que pasaban por delante del amo sin que les reclamase el dinero. [20]

-Déjese V. de tonterías -contestó Juanete, sin decir que la comida estaba ya pagada.

-Compadre, que nos van a llevar a la casilla.

-Hombre, no sea V. inocente. ¿Ve V. este gorro colorado?

-Sí que lo veo.

-Pues el que lo lleve puesto, bien puede ir a cualquiera parte, seguro de que no han de cobrarle ni un maravedí.

-¿Es de veras lo que V. me dice, compadre?

-¿Pues no lo acaba V. de ver, alma de miércoles?

-Compadre, es menester que me venda V. ese gorro.

-Ni que V. lo piense, compadre.

-Mire V., que le doy dos onzas por él.

-Ni que me diera V. cuatro.

-Compadre, ¿sirven dos mil reales?

-Si quiere V. gorro, ha de darme cuatro mil.

-Compadre, eso es muy caro.

-Pues de ahí no bajo un ochavo.

-Venga V. por ellos, compadre.

Y los dos se fueron a casa de señor Juan [21] Botija, que entregó a Juanete los cuatro mil reales, y se quedó con su gorro colorado, creyendo que con él tenía ya al Rey cogido por un bigote.

Dejemos a Juanete, que reventando de risa, fue a buscar a su mujer, y entre los dos hicieron un hoyo al pie de una higuera, donde enterraron los cuatro mil reales, y vamos a señor Juan Botija, que con su gorro colorado encasquetado, y puesto encima el sombrero para no llamar la atención, se fue para la confitería, dispuesto a darse de rosita una atraquina de marca mayor.

Lo de merengues, lo de peras de dulce, lo de mazapanes y lo de almendrados que aquel buen hombre se metió en el cuerpo, no es para contado, sino para visto. Así que ya se lo tocaba con el dedo, le hizo un guiño a la confitera, se quitó el sombrero para dejar asomar el gorro colorado, y volvió la espalda. La confitera se echó a reír de aquellos telégrafos que no entendía, y dejó que se fuera con Dios, porque como era hombre de dineros, en otra ocasión podría cobrarle.

Malillo fue el negocio que hice yo comprando mi gorrito, decía señor Juan Botija, guardándolo bajo siete llaves, después de [22] cepillarlo por mor de la polilla. ¡Ahí es nada el capital que se me entra por las puertas! Pues ¿dónde me deja V. ese tonto de Juanete, que por tristes cuatro mil reales me ha vendido esta mina de oro?

Y todos los días diarios iba a la confitería, se ponía reventando, echaba al aire el gorro colorado, y se iba sin pagar un cuarto. Pues, señor, que una noche en que señor Juan Botija se comía una batata que no le cabía en la boca, le dijo la confitera:

-Conque, D. Juan, ¿Cuándo paga V. esa cuentecilla?...

Don Juan se quedó con la batata en la mano y la boca abierta, y por toda respuesta se quitó el sombrero, echando al aire el gorro colorado.

-No se asuste V. -replicó la confitera- que no es puñalada de pícaro.

-Pero, señora, ¿no ve V. el gorro que tengo puesto?

-Ya lo veo, que no soy ciega.

-Pues el que traiga puesto este gorro, no tiene que pagar nada, ni aquí ni en ninguna parte.

-Está V. loco, señor... ¿De dónde ha sacado V. eso? [23]

-De cuatro mil reales que me ha costado el tal gorrito.

-Con lo que yo no tengo nada que ver.

-¿Sí?... pues espere V. ahí sentada a que venga yo a pagarle los dulces.

-¡Lo veremos!... ¡Pues no faltaba más, sino que estuviese aquí una pobre ganándose la vida, para que vinieran a robarla los señores de levita!

-¡Señora, señora, no me falte V.!... ¡los dulces que yo como están ya pagados!

-¡Mentira, mentira!

-¡Señora!

-¡Sí, señor, mentira, mentira podrida; y ha de ir V. a la cárcel por ladrón, o pierdo yo el nombre que tengo!

Señó Juan Botija pierde los estribos, echa mano a una batea de merengues, y se los estampa en la cabeza a la confitera: ésta chilla, se alborota el barrio, acuden los municipales, hacen que señó Juan Botija afloje los cordones de la bolsa, y me lo llevan a su casa para encerrarlo por loco.

Que si, como fue rico, hubiera sido pobre, duerme en la cárcel aquella noche. [25]

- III -

Pues vamos a Juanete y a su mujer, que se iban poniendo gordos como pelotas, con los cuatro mil reales del compadre Juan Botija. La señá Catalina, que tenía más trastienda que un almacén de comestibles, y más intención que un toro de ocho años, había mercado en la recova dos conejitos blancos, iguales como los ojos de la cara: metió uno de ellos en un jaulón de cañas, y dando el otro a su marido, le cantó esta cartilla:

-En el punto y hora en que señó Juan Botija se nos entre por las puertas, coges este conejo, te escurres por la puerta del corral, y vas a esconderte en el estercolero de enfrente; y en cuanto veas que saco yo el [26] del jaulón y lo dejo ir, te vienes para acá, teniendo mucho cuidado no se te escape el conejo que has de llevarte. ¿Estás impuesto?

-Ya está acá -contestó Juanete.

Pues, señor, que estaba éste una tarde tomando el fresco a la puerta de su sombrero, cuando se ve venir al compadre Juan Botija, echando fuego por aquellos ojos, y con las narices más abiertas que un torillo osco.

¡Pies para qué os quiero! echa mano a su conejo blanco, se escurre por la puerta del corral, y va a esconderse en el estercolero de enfrente, mientras Catalina seguía cosiendo como si tal cosa, cantando para disimular:

Glorioso

San Pantaleón,

santazo de cuerpo entero,
y no como otros santitos
que no se ven en el suelo.

-¡Dios guarde a V., comadre! -dijo Juan Botija, apareciendo en la puerta con un garrote gordo como mi brazo.

-Venga V. con Dios, compadre.

-¿Dónde está el grandísimo pillo de su marido de V.?...

-Oiga V., compadre, hablemos bien, que el hablar bien no cuesta dinero.

-¿Dónde está ese diablo de hombre? [27]

-¡Avermaría Purísima, y qué alboroto! -replicó Catalina...- Ha ido a la barbería y estará afeitándose.

-Pues allá voy...

-Espérese V., hombre de Dios, y lo mandaré a llamar en un instante.

Y diciendo esto Catalina, saca el conejo del jaulón, lo agarra por el morrillo, y grita a las orejas del animalito:

-Anda corriendo a la barbería, y dile a tu amo que lo está esperando aquí su compadre.

Dicho esto, suelta al conejo en el suelo, toca dos veces las palmas, diciendo: «¡Ya estás de vuelta!» y el animalito empinó el rabo, se echó atrás las orejas, y apretó a huir como un cohete.

-¿Y volverá ese conejo, comadre?-preguntó Juan Botija, que con los ojos poníos y la boca abría, presencié toda aquella maniobra.

-¿Pues no ha de volver?... Usted verá como se viene para acá con Juanete, en cuanto le dé la razón.

En aquel momento apareció éste por el lado del pueblo, acariciando al otro conejo blanco; y señó Juan Botija, que tenía unos [28] sentidos muy tupidos, lo tomó por el que poco antes había visto en manos de Catalina.

-¡Compadre, es menester que V. me venda ese conejo! -exclamó, yéndosele el santo al cielo, y sin acordarse ya del gorro colorado.

-Vaya con mi compadre, que es como Mariquita Pantoja: todo lo que ve se le antoja.

-Dos onzas le doy a V. ahora mismo, y me llevo el conejo.

-Ni que fueran cuatro.

-Compadre, mil reales.

-¿Da V. los mil y quinientos?...

-Vayan allá...

El señó Juan Botija soltó mil y quinientos reales, y con su conejo blanco agarrado por las patas, tomó el camino de su casa, rumiando para su colete:

-¡Pues señor, hice un viaje a las Indias! Ya puedo ir despidiendo al farruco, que se lleva tres duros de salario y come como un sabañón, y quedarme sólo con este mandaderito de cuatro patas, que con dos cuartos de lechuga y un jaulón de cañas, tiene casa y comida. ¡No; si soy yo tonto, y no sé dónde me aprieta el zapato!

Conforme llegó señó Juan Botija a su casa, [29] le plantó al criado su salario en la mano y le dijo que se fuera con Dios. De seguida ata un paquete de billetes de banco al cuello del conejito, y le dice más serio que un cuarto de especias:

-Anda al Ayuntamiento; pregunta por el alcalde, y dile que ahí lleva el dinero de la contribución; y menéate, porque tienes después que ir al Banco a cobrar este recibito.

El conejo volvió las espaldas, y diciendo: «¡Anda que te coja un toro!» echó a correr para su madriguera, donde hizo con los billetes una camita, para siete conejitos chicos que al otro día le trajo la cigüeña; porque no era conejo, sino coneja. Mientras tanto, señor Juan Botija, paseo arriba, paseo abajo, esperaba la vuelta del mandadero.

-Verá V. -decía asomándose a la ventana- si va a estar cerrado el Banco cuando llegue a cobrar el recibo.

Pero dieron las tres, y las cuatro, y las cinco, y el conejo no volvía: señor Juan Botija cogía moscas y se tiraba de los pelos.

-¡Ese pillo de mi compadre me ha engañado! -exclamó, echando mano a la escopeta, y tomando la escalera abajo. [30]

Su mujer que le vio salir de aquella manera, se le agarró a los faldones de la levita, gritando:

-¡Juan, que te pierdes; que te pierdes, Juan!

Pero Juan, sin encomendarse a Dios ni al diablo, le descerrajó un tiro, que la dejó en el sitio sin que dijese ¡Jesús!, y apretó a correr para el sombrero de su compadre.

-¡Compadre, vengo a matarlo a V.! -le gritó a Juanete, echándose la escopeta a la cara.

-Nos mataremos, compadre- replicó éste, agarrando con una mano la paleta y empuñando con la otra la navaja.

Catalina quiso meterse por medio; pero su marido le tiró una puñalada, y la pobrecita vino al suelo, gritando: «¡soy muerta!» y echando un mar de sangre por aquel pecho.

-Compadre, nos quedamos iguales -dijo Juan Botija, bajando la escopeta. Usted ha matado a su mujer y yo a la mía.

-Como quiera es el trabajillo que me costará a mí el resucitarla -contestó Juanete.

Y sacando del bolsillo una trompetita, pitó tres veces junto a la oreja de su mujer. ¡Hijo de mi alma, aquello fue como la trompeta [31] del día del juicio!... porque al primer trompetazo abrió señá Catalina un ojo, al segundo el otro, y al tercero se puso en pie de un respingo, buena y sana, y entera y verdadera.

-¡Compadre, por el amor de Dios, deme usted esa trompetita! -exclamó Juan Botija, con los pelos en pie de susto.

-¡Que se vaya V. de aquí!

-Compadre, que si no me la da V. me llevan al palo.

-Pues fastídiese V.

-Compadre, todo lo que tengo es suyo, si me da esa trompeta.

-Pues toma y daca.

El señor Juan Botija soltó cuanto llevaba encima, toma su trompeta y echa a correr hacia su casa, que el miedo le daba alas, mientras Juanete, que de risa se le rajaba la boca, sacó a Catalina del pecho una vejiga de carnero llena de sangre, que era donde le había tirado la puñalada.

Pues vamos a señor Juan Botija, que llega a su casa sudando como un pato, y se pone a tocar la trompetita junto a la oreja de su mujer. Pero

¡qué había de resucitar, si estaba más muerta que mi abuela!

-¡Bruto, rebruto! -exclamaba Juan Botija, [32] dándose de puñetazos. ¡Todo esto me sucede por tonto, retonto!... ¡Pero no se me escapará de esta hecha ese tunante ladronazo!

Y arrancándose cada mechón de pelo que parecía una zalea merina, coge un saco, se monta a caballo, corre a galope para el sombrero de su compadre, y llega en el momento en que éste cenaba con su mujer.

-¡Ya caíste, gran pícaro! -exclama, echándole mano al gañote y zampándole en el saco, sin andarse con chiquitas: luego lo atraviesa en su caballo, y hala, hala, toma el camino del Tajo de Ronda, por donde pensaba despeñarlo.

Al llegar al Tajo ya se iba viniendo la noche encima, y Juan Botija puso a su compadre a la orillita, mientras iba él a dar un pienso a su caballo, y a echar un trago en un ventorrillo, que por detrás de una cortina de olivos asomaba la veleta. No bien sintió Juanete por las pisadas que ya su compadre se había alejado, empieza a gritar:

-¡Pues, señor, que es fuerte cosa esta! ¡He dicho que no me caso con la hija del rey, y no me caso!

Y al cabo de un ratito añadía: [33]

-¡He dicho que no me caso con la hija del rey, y aunque se empeñen frailes descalzos, no me caso con ella!

Y dale que le darás, no salía de esta canción.

Pues vamos a que un pastor que por allí cerca guardaba sus cabras, oyó las voces de Juanete, y pensando que aquello fuese una tropelía, le ayudó a salir del saco.

-¿Qué es lo que le pasa a V., hombre? -le dijo.

-¿Qué me ha de pasar, señor?... que aquí me llevan en este saco a casarme con la hija del rey, y yo digo que no doy el sí aunque me hagan pavesas.

-¿Y dice V. que el que vaya en ese saco se casa con la hija del rey?

-¡Y que es bromilla!

-De modo que, si yo me voy dentro, me casaré con ella.

-¿Pues no le he dicho a V. que sí?...

-Compañero de mi alma -exclamó el pastor tirando el zurrón y el cayado; -quédese V. con mis cabras, que yo iré en lugar de V. a casarme con la hija del rey.

-Andando -replicó Juanete.

Y más pronto que la vista me mete al [34] pastor dentro del saco, y echa a correr con las cabras, a tiempo que Juan Botija volvía del ventorrillo. Éste, que venía calamocano, se echa a cuestras el saco en que el pastor soñaba ya con coronas y palacios, y ¡cataplum! lo despeña por el Tajo abajo, gritando:

-¡Toma y vuelve por otra, grandísimo tuno!

Juan Botija se quedó mirando cómo el cuerpo del que él creía su compadre, iba dejando por entre aquellos pedruscos, aquí un brazo, allí una pierna y más allá la cabeza; y sin decir siquiera ¡que Dios te haya perdonado! porque tenía mala sangre, tomó el camino del pueblo.

La noche venía encima, y Juan Botija tiritaba más de miedo que de frío, porque sentía allá dentro un gusanillo, que era su propia conciencia, que le decía:

-¡Ah tunante! ¿para qué sirven el juez y el escribano, sino para hacer justicia?... ¡Asesino! ¡asesino!... Y allá, de los profundos del Tajo, parecía como si el eco repitiese también: ¡Asesino! ¡asesino!...

A Juan Botija se le pusieron los pelos de punta, y montó la escopeta, como si a aquella [35] voz la hicieran callar las balas. Con más miedo que vergüenza iba el pobre hombre caminando por entre aquellas breñas, cuando al revolver de un atajo se topó de manos a boca con su compadre Juanete, que venía trayendo su zurrón al hombro y sus cabras por delante.

-¡Jesucristo! -exclamó señor Juan Botija, haciendo la señal de la cruz, por si era alguna aparición del otro mundo; pero Juanete le volvió el alma al cuerpo, diciendo:

-¿Qué tal el viaje, compadre?... Si como me tira V. por la izquierda, me tira por la derecha, en vez de cabras saco ovejas.

-¿Qué me cuenta V.?

-Lo que V. oye; ahora mismo me voy para el pueblo con mis cabritas, y van a estar feílos los quesitos y los requesones que haremos mi Catana y yo.

-¿Me quiere V. hacer un favor, compadre?

-Mande V. -contestó Juanete.

-Pues tíreme V. ahora mismo por el Tajo abajo.

-Si V. se empeña...

Juan Botija sacó de las alforjas un saco, se metió en él, y a la una, a las dos, a las tres, [36] lo echó a rodar su compadre por aquellos peñascos, donde fue a reunirse con el pastor hecho una tortilla, y donde pagó todas sus picardías.

En cuanto al tuno de Juanete, llegó montado en su caballo al pueblo, le echó la uña a todos los dineros de Juan Botija, y puso luego pies en polvorosa, huyendo de la justicia; pero como bienes mal adquiridos a nadie han enriquecido, en no sé qué camino le salieron unos ladrones, y me lo dejaron con el traje en que vino al mundo, después de darle una paliza, que de gusto se chupó los dedos.

Porque es tan fijo como el sol que nos alumbra, que Su Divina Majestad se vale de los pecados de unos para castigar los pecados de otros, dejando al que no los paga aquí, que vaya a pagarlos allá. Así, Juanete fue el castigo de Juan Botija; los ladrones el de Juanete, y el palo el de los ladrones...

-Y así también -añadió la buena vieja, besándome en la frente y renovando el árnica de mi quemadura- la culpa de Juan Manuel ha castigado la de Luisito...

Yo me eché a llorar, perfectamente contrito: que harto me probaba el escozor de [37] mis narices, cuán cierta era la profunda moraleja de D.^a Mariquita, y la airada sombra de don Pilitón se alzaba en aquel momento ante mi vista, mostrándome su rabo chamuscado, cual mostraba al rey Macbeth sus llagas, el pálido espectro de Duncan... [39]

- IV -

De todos los actores de este drama, ninguno existe ya en el mundo. Mi amigo Juan Manuel murió en Inglaterra, víctima de sus habilidades, roto el

espinazo contra el hielo del gran lago de Hyde-Park, por donde furiosamente patinaba. Doña Mariquita murió en brazos de mi madre, que le pagó así su abnegación y sus cuarenta años de servicios. Pilitón murió también, dejando dos herederas de su nombre: su hija Pilitona, y su nieta Pilitita.

Yo, que vivo todavía, he muerto también para el mundo: visto ya mi mortaja, y debajo de ella es donde busco estos recuerdos, para enseñarte, hijo mío, que Dios detesta [40] el mal en cuanto es culpa; pero se sirve de él en cuanto es pena, para castigar los pecados de los hombres y las travesuras de los niños, con los pecados de otros hombres y las travesuras de otros niños. Jamás te irrites, pues, contra el enemigo que te dañe: que si el hombre, abusando de su libertad, es el que levanta la mano, Dios, usando de su providencia, es el que la dirige. Humíllate ante ese castigo paternal, que para corregirte te lastima, y repite con Miqueas: Iram Domini portabo, quia peccavi ei. «La ira del Señor sufriré, porque pequé contra él.»

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

